

Ondas Gravitacionales

Sergio Villanueva

Personajes

PEDRO

QUIQUE

Despacho de un profesor universitario de Ciencias Físicas. Una pizarra gigante llena de un galimatías de fórmulas indescifrables. Una mesa cargada de papeles, documentos, libros. Una cartera de cuero algo ajada colgando en un perchero. Un poco separado, y significado de un modo especial, un antiguo pupitre de colegio en dirección a la mesa. Colgada y enmarcada, una foto antigua de una familia de esquimales.

El profesor, al que llamamos PEDRO, está frente a la pantalla de su ordenador trabajando. Lleva bata blanca, guantes con los dedos al aire, bufanda, pero pantalón corto. Se levanta y se sienta varias veces. Se dirige algo nervioso a la pizarra. Contrasta resultados del jeroglífico científico de la pizarra con algo que acontece en su ordenador personal, o incluso en su propia mente. PEDRO debe de tener algo más de cuarenta años. Mira el reloj. Mira el pupitre. Queda pensativo unos segundos. Vuelve a las fórmulas de la pizarra. Al cabo de unos instantes un joven, QUIQUE, entra en el despacho algo indeciso. Debe de tener unos dieciocho años. Lleva la ropa propia de un joven de su edad en verano. Durante unos segundos el profesor no percibe su presencia. Tan solo cuando comprueba una fórmula. De repente se gira como para confirmar el resultado. Se lleva un susto. Se quedan mirando unos segundos en...

Silencio.

QUIQUE: ¿Es usted Pedro Suñer?

PEDRO: ¿Quién te ha dejado entrar?

QUIQUE: ¿Es usted Pedro Suñer?

PEDRO: Sí. ¿Quién te ha dejado entrar?

QUIQUE: Soy el hijo de Enrique Yecla.

PEDRO: Claro que eres el hijo de Enrique Yecla. Del Presidente (*dirigiéndose receptivo hacia él, abrazándole*). El hijo de Enrique Yecla. Vaya, vaya. Sí que te pareces a tu padre. Perdona es que me has pillado atrapado en un...

QUIQUE: Si quiere vuelvo más tarde.

PEDRO: ¿Cómo?... Oh, no, no. Siéntate hombre, siéntate (*indicándole una silla junto a su mesa de despacho*).

QUIQUE: Gracias.

Silencio.

PEDRO: Un café, ¿verdad? No te ofrezco manzanilla porque debes de tomar café, claro... (*yendo al apartado donde tiene dispuesta una máquina de café, azúcar y algunos sobres de manzanilla*).

QUIQUE: No, no tomo café (*sacando unos documentos de su mochila*).

PEDRO: ¿No tomas café? (*comprueba el dato en la pizarra*) ¿Quieres entonces una manzan...? (*QUIQUE niega con la cabeza*) Bueno, yo voy a prepararme una manzanilla calentita. Y tú entonces...¿té?...

QUIQUE: No, gracias.

PEDRO: No quieres manzanilla. Ni té. Pero café querrás, no puede ser que no...

Tienes que querer café porque tú padre también toma café, luego tú ...

QUIQUE: Yo no tomo café.

PEDRO: ¿No tomas café? (*comprobando en la pizarra*)... Entonces, ¿qué tomas?

QUIQUE: Nada, de verdad, gracias. No quiero café. No quiero manzanilla. No quiero té. No quiero nada.

PEDRO: Vamos Enrique: No quiero, no quiero, no quiero... Algo querrás. ¿Te llamo Enrique?

QUIQUE: Bueno, mejor Quique.

El profesor mira extrañado a Quique. Comprueba seriamente unas fórmulas de la pizarra.

PEDRO: (*Borrando el valor de "E" en una fórmula y sustituyéndolo por "Q"*) Quique no quiere que le llame Enrique, no quiere café, ni té ni manzanilla... (*también borrando otros elementos significados como c, t, m...*)

Silencio.

PEDRO: Umm, podría ser, sí...(*Mirando con ceño fruncido la nueva fórmula de la pizarra, hablando para sí mismo*) Objetos subatómicos que pueden estar en más de un sitio a la vez, aunque... (*Otra vez a QUIQUE*) Dime QUIQUE, ¿tú crees que dos partículas en extremos opuestos de una galaxia pueden compartir información instantáneamente?

QUIQUE: ¿Instantáneamente? Depende, ¿no?. ¿Por?

PEDRO: ¿Cómo que por? ¿Qué te pasa?

QUIQUE: ¿A mí?

PEDRO: Sí, a ti, ¿qué te pasa?, te noto algo tenso.

QUIQUE: Nada, es solo que...

PEDRO: Es quizás por eso que están diciendo últimamente de que el universo igual no está compuesto de energía ni de materia, sino de información. ¿Tú qué opinas?, ¿te consideras alguien realmente informado?

QUIQUE: No sé, mire, yo solo he venido a entregarle esto. Me dijo mi padre...

PEDRO: Tu padre.

QUIQUE: Sí, me dijo mi padre que usted...

PEDRO: ¿Yo?

QUIQUE: Sí, vamos, que usted...

PEDRO: ¿Yo qué? Dime Quique, ¿qué te dijo realmente tu padre sobre mí?

QUIQUE: Me dijo que con usted aprendería mucho. Que era un buen profesor. Si me aceptan en la facultad, claro.

PEDRO: Efectivamente, si te aceptamos, claro. Porque en la Universidad tenemos una especie de autogobierno ajeno a los dictados de un Presidente, si llegara el caso. Que yo era un buen profesor, te dijo.

QUIQUE: Sí, eso mismo.

PEDRO: Aquí somos neutrales, ¿sabes Quique?. Quiero decir que, gobierne quien gobierne, la Universidad tiene su propio poder. ¿Qué miras?

QUIQUE: ¿Eh?, nada.

PEDRO: No, no, en serio, ¿qué miras?

QUIQUE: Hace algo de frío aquí, ¿no?

Silencio.

PEDRO: Te lo han dicho muchas veces, ¿verdad?

QUIQUE: ¿El qué?

PEDRO: Que te pareces a tu padre. Mucho. Una barbaridad. Perdona que insista pero es que te veo ahí sentado y... joder...

Se da cuenta de algo en la pizarra. Se dirige a un punto de la misma. Toma un trozo de tiza, añade unos datos. Vuelve a mirar a QUIQUE. PEDRO sonríe. QUIQUE no. Silencio.

PEDRO: *(Dejando la fórmula de la pizarra y yendo a prepararse la infusión)* ¿Te ha costado dar con mi despacho?

QUIQUE: *(Mirando el pupitre antiguo)* No, no mucho.

PEDRO: Te gusta, ¿eh? Es mi pupitre. El del colegio. Aun lo guardo. Porque yo guardo muchas cosas, ¿sabes?. Muchas *(Sent ndose en el pupitre lentamente, con la taza de manzanilla)*. ¿T  guardas cosas, Quique?

QUIQUE: ¿Cosas?

PEDRO: S , cosas. Cosas que a los demás les pueden parecer absurdas pero que para ti significan algo importante. ¿T  guardas cosas, Quique Yecla?

QUIQUE: No, nada.

PEDRO: ¿Nada? ¿No guardas nada?

QUIQUE: Nada.

PEDRO: ¿Ni un recuerdo? Claro, igual eres demasiado joven para eso. O no. Dime Quique, ¿t  crees que eres joven, joven de verdad?

Al tiempo que sigue hablando, PEDRO mete y saca el saquito de manzanilla varias veces sin dejar de mirar a QUIQUE.

PEDRO: ... ¿de los que no tiene ningún apego a las cosas?, ¿de los que lo lleva todo a la inmediatez, al fácil y frenético uso, y luego al olvido? Tanta tecnología, tantas pantallas en relojes, teléfonos, tablets, ordenadores... ¿En serio no te apetece algo calentito?

Se chupa la yema del dedo índice y pulgar de la mano que ha manipulado el saquito de manzanilla, de un modo que inquieta a QUIQUE.

QUIQUE: Hombre...

PEDRO: ¿Sí?

QUIQUE: En realidad...

PEDRO: Pide por esa boquita.

QUIQUE: En realidad sí que le agradecería que quitara un poco el...

PEDRO: Esa boquita de hijo de Presidente... Sí que eres joven, sí. Cómo te pareces a tu padre. Y qué poco me gusta la manzanilla. Quizás es porque como no le pongo azúcar. Yo no le pongo azúcar a la manzanilla, ¿sabes? No le pongo azúcar ni al café, ni al té, ni al yogurt. A nada. Últimamente he eliminado el azúcar. El azúcar blanco es un veneno, ¿sabes?

QUIQUE: Sí, algo he oído.

PEDRO: Ah, ¿sí?, ¿algo has oído?... Pero ¿a que no has oído esta historia?

QUIQUE: ¿Qué historia?

PEDRO: La que te voy a contar, no seas impaciente.

QUIQUE: Bueno, yo no...

PEDRO: Sí que lo eres, sí que lo eres. Eres impaciente y te pones nervioso, y los nervios no son muy buenos compañeros, Quique. Porque los nervios alteran, te generan un comportamiento algo exaltado, te pueden traicionar, convertirte en alguien que no conocías, que puede asustar incluso a uno mismo... Te voy a contar una historia (*se toma su tiempo*): Hace muchos, muchos años, a algunos boxeadores, en pleno combate, les daban un vaso de agua con azúcar blanco diluido. Se lo tomaban creyendo que con ello se iban a refrescar, a reactivar, pero de repente el combate daba un giro de ciento ochenta grados. Porque perdían las fuerzas. Así amañaban los combates.

QUIQUE: ¿Ya está?. ¿Esa es la historia?

PEDRO: Sí, ¿qué pasa?

QUIQUE: Eso no es una historia.

PEDRO: ¿Me vas a discutir tú a mí?

QUIQUE: Eso es una anécdota, un dato, una historia es algo más...

PEDRO: ¿Más qué?

QUIQUE: Más extenso. De otra forma narrado, con mucho más... Además no me lo creo.

PEDRO: ¿Qué es lo que no te crees?

QUIQUE: Eso de que el azúcar, instantáneamente, genera una pérdida de fuerza.

PEDRO: Ah, ¿no?, ¿no te lo crees? Ven aquí (*QUIQUE duda*). Ven aquí, hombre, no tengas miedo, ven aquí. Colócate ahí, de pie. (*QUIQUE lo hace*) Bien. Ahora voy a presionar tu brazo derecho. Ponlo así, recto, pegado a tu cuerpo. Ahora trata de levantarlo empujando mis manos, a ver si consigues levantarlo (*QUIQUE consigue levantar más o menos su brazo derecho en recto a pesar de la presión y obstáculo*

de PEDRO) Muy bien, sí que eres fuerte, sí. En eso también te pareces a tu padre que volverá a ser Presidente *(yéndose a la mesa donde tiene los sobres de azúcar y alguna cucharita para café)*. Ahora vas a tomarte esto *(le ofrece una cuchara llena de azúcar blanco)* Tómatelo, es azúcar. *(QUIQUE duda un instante, después toma el azúcar)* Bien, trágatelo. Contamos diez segundos... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... Y volvemos a presionar tu brazo. Intenta levantarlo ahora *(QUIQUE hace esfuerzos, pero no lo consigue levantar ni dos centímetros)*

QUIQUE: Vaya, es increíble.

PEDRO: ¿Qué tal te llevas con él?

QUIQUE: ¿Con mi padre?

PEDRO: Sí, claro, con tu padre, con el Presidente.

QUIQUE: No sé. No lo veo mucho.

PEDRO: ¿Lo veías antes más?

QUIQUE: Siempre está muy ocupado.

PEDRO: ¿Te molesta que te pregunte por él?

QUIQUE: No. Es que... ¿No tiene puesto muy frío el aire acondicionado?

PEDRO: Noto que no te gusta hablar de tu padre.

QUIQUE: Me da igual hablar o no hablar de mi padre.

PEDRO: ¿Te da igual hablar de tu padre? Pues mucha gente le admira. Él volverá a ser Presidente.

QUIQUE: Igual es que le ven como eso, como Presidente, no como padre.

PEDRO: ¿Hay alguna diferencia? *(QUIQUE sonríe levemente)* Volverá a serlo. Tu padre va a volver a ser Presidente. ¿Tú entonces le admiras como Presidente y quizás no tanto como padre?

QUIQUE: ¿Puedo ir al cuarto de baño?

PEDRO: ¿Es absolutamente necesario?

QUIQUE: Hombre, podría aguantar, pero...

PEDRO: ¿No podías haber ido antes? A ver, piénsalo. Piénsalo antes de decir nada.

Silencio.

QUIQUE: ¿En serio me está diciendo que...?

PEDRO: Vas luego.

Silencio. PEDRO le indica con un gesto que se aproxime hacia él. QUIQUE duda un momento. PEDRO determina con el mismo gesto que se acerque hacia él con la documentación que le ha traído. QUIQUE la coge, se levanta, se acerca, le da la documentación se queda a su lado.

PEDRO: *(Sin dejar de mirar la documentación)* Era broma. Es la segunda puerta a la derecha cuando salgas al pasillo.

QUIQUE sale del despacho. PEDRO comprueba que está realmente solo, queda pensativo. Mira a la pizarra. Mira la documentación que ha traído QUIQUE sin mucha atención. Se queda mirando a la nada seriamente. Se levanta como en un ritual. Se coloca frontal a público. Comienza a respirar profunda y lentamente, de un modo muy litúrgico. De repente comienza a lanzar golpes y patadas con mucha rabia y sin sonido alguno al aire. Vuelve a calmarse. Coge el mando del aire acondicionado. Le da un punto más frío. Lo guarda en el bolsillo de su bata. Cuando

cree que se ha quedado satisfecho regresa a la respiración. Regresa seguidamente a su pupitre. Se queda mirando a la nada seriamente. Vuelve a entrar QUIQUE. Lo cual hace regresar de su ensimismamiento a PEDRO. QUIQUE vuelve a sentarse en la silla que le ha ofrecido PEDRO. Este sigue mirándole. Le sonríe.

PEDRO: ¿Bien?

QUIQUE: Bien.

Silencio.

QUIQUE: ¿Ya ha podido comprobar la documentación? Si está todo correcto igual yo ya...

PEDRO: Me estabas diciendo que no te llevabas muy bien con él.

QUIQUE: ¿Con mi padre? No, eso no es lo que he dicho. Me llevo normal con él.

PEDRO: Normal. Y eso, exactamente, ¿qué significa?

QUIQUE: Pues eso, que me llevo normal con él.

PEDRO: ¿Qué miras ahora?

QUIQUE: La taza.

PEDRO: Ah, claro, la taza. Me la regaló tu padre cuando vino hace una semana. Estuvimos hablando de ti, de tu futuro.

QUIQUE: Ya me imagino.

PEDRO: *(Levantándose del pupitre y yendo a buscar algo a varios sitios)* Bueno, y también del suyo. Va a ganar otra vez las elecciones.

QUIQUE: Ah, ¿sí?

PEDRO: Sí. Eso mismo le dije. Vas a volver a ser Presidente... ¿Tú no lo crees?

QUIQUE: Yo creo que esta vez, después de tantos casos de corrupción en su partido...

PEDRO: ¡Las va a volver a ganar! Aunque yo a ese logotipo le hubiera dado otra vuelta, no sé... *(refiriéndose al logotipo y siglas del Partido político sellado en la taza)* ¿Tú qué opinas?

QUIQUE: No entiendo de política.

PEDRO: Detrás de esa frase hay siempre un gran conocimiento oculto sobre la materia. Todo el mundo entiende de política porque todo en el mundo es política.

QUIQUE: Esa frase es de mi padre.

PEDRO: *(Encontrando lo que buscaba, una pipa para fumar)* ¡Exacto!

Silencio. PEDRO vuelve con mucha decisión hacia QUIQUE. Levanta violentamente el brazo y lo dirige a su mesa para coger un mechero. Se enciende la pipa. Expulsa el humo con placer. Parece relajarse por un momento observando el humo.

PEDRO: *(Contemplando la foto de los esquimales)* Algún día visitaré el Polo Norte. Me tiene fascinado desde niño. Todo lo referente a los primeros exploradores, a los esquimales... Yo tenía un *madelman* explorador y otro esquimal. Jugaba con ellos en el recreo. Tu padre me los rompió un día. *(Pausa)*. Es curioso.

QUIQUE: ¿El qué?

PEDRO: Tu padre es ahora Presidente. Y no cree en el cambio climático. No cree lo que está pasando en el Polo Norte. Lo dijo el otro día por la televisión. A mí en cambio me fascina el Polo Norte, los esquimales. Su forma de entender la vida, la muerte. ¿Sabes algo de los esquimales?

QUIQUE: No mucho.

PEDRO: ¿Qué sabes?

QUIQUE: Pues, que comen carne cruda, que comparten a sus mujeres por cortesía, dicen.

PEDRO: ¿Y no te parece eso un comportamiento de gente avanzada?

QUIQUE: No sé.

PEDRO: ¿No sabes?. Durante gran parte del año consumen lo que cazan y pescan, pero también acumulan excedentes para cuando llega el durísimo invierno ártico. Entonces, la mayoría de los grupos reducen al mínimo sus actividades y procuran sobrevivir con los alimentos almacenados. Pero si durante los meses de enero y febrero las provisiones se agotan, pueden verse obligados a sacrificar a algunos miembros del grupo, particularmente niñas pequeñas, mientras que los ancianos pueden decidir suicidarse o abandonar la familia. Lo importante es asegurar la supervivencia de la comunidad. ¿Qué te parece Quique?

QUIQUE: Pues la verdad, me parece un poco bestia que lleguen a hacer eso.

PEDRO: Ellos son muy diferentes porque viven en circunstancias muy diferentes. Creen que cada objeto, fenómeno de la naturaleza, persona o animal tienen un espíritu. Por eso admiran y respetan todo lo que les rodea, porque si no lo hacen así pueden ser castigados con la enfermedad y la desgracia... ¿En serio que no quieres café, o té? ¿O una manzanilla? Yo en realidad prefiero el café, pero desde hace un tiempo me lo han prohibido. La tensión, ¿sabes?, me ha vuelto a subir. Sobre todo desde la semana pasada. Así que manzanilla... manzanilla... manzanilla... Es fácil llegar, ¿no?

QUIQUE: Llegar, ¿adónde?

PEDRO: Aquí, a mi despacho. Una vez te aclaras con la parte izquierda del pasillo, quiero decir, ¿te lo ha dicho alguien por el pasillo?

QUIQUE: No he visto a nadie por los pasillos.

PEDRO: Ah, sí, es cierto, que la Facultad está cerrada todavía. Seguimos de vacaciones. ¿Te lo ha dicho Julián?

QUIQUE: ¿Julián?

PEDRO: El bedel.

QUIQUE: No he visto a ningún bedel.

PEDRO: No has visto a ningún bedel. Bien, no has visto a Julián, no has visto a nadie...

QUIQUE: ¿Para cambiar la temperatura sabe si...?

PEDRO: Igual ha salido a fumar. Como no se puede fumar ya en el edificio. (*Sin dejar de fumar*) No se puede fumar en ningún sitio cerrado, ¿sabes?. Desde hace años. Ni en los cuartos de baño. Ni en las aulas, ni en los despachos... Cuéntame una experiencia traumática, Quique.

QUIQUE: ¿Por qué?

PEDRO: ¿Cómo que por qué? Porque estás en mi despacho. Porque te quieres matricular. Porque lo digo yo. Cuéntame una experiencia traumática.

QUIQUE: ¿Una experiencia traumática?

PEDRO: Alguna tendrás.

QUIQUE: Bueno, yo...

PEDRO: Alguna habrás sufrido. En el colegio, por ejemplo. ¿O es que acaso no eres de los que has sufrido experiencias traumáticas?. Ah, claro, que igual eres de los que las provoca.

QUIQUE: ¿A qué se refiere?

PEDRO: No sé, dímelo tú. ¿A qué me refiero, Quique? ¿Por qué acosa un chico a otro en el colegio? Lo único que sabemos es que en la mayoría de los casos ese chico responde: “No sé, era una broma”...¿Por qué estás aquí esta mañana? ¿Tú sabes que uno de cada diez alumnos en este país es víctima de acoso?

QUIQUE: Oiga, no sé adónde quiere ir a parar, yo no le hice nada a Raizman.

PEDRO: ¿Raizman?

Silencio.

QUIQUE: Yo no quise que le hicieran eso, que le humillaran así... ¿O no se refería a eso? Yo... ¿Le importaría bajar el aire acondicionado?

PEDRO: Cuéntamelo. Y sé sincero. Ya sabes lo que te estás jugando aquí. Pero que quede una cosa clara: yo no tengo ninguna intención de matricular a ningún violento que someta a buenos alumnos a acosos, a maltratos, por no llevar ropa de moda...

QUIQUE: Yo no soy violento.

PEDRO: ... por alguna característica física o psíquica,

QUIQUE: No sé lo que le habrá contado mi padre pero yo...

PEDRO: ... o por pertenecer a una minoría social o racial.

QUIQUE: ... Yo no soy así.

PEDRO: Ah, ¿no?. Explícate.

Silencio.

QUIQUE: Con Eduardo Raizman me he metido alguna vez pero no como usted se cree... Siempre porque su nombre nos recordaba al de la película, Rainman.

PEDRO: La de Dustin Hoffman, sí.

QUIQUE: Pues eso.

PEDRO: Le dieron un Oscar.

QUIQUE: Como en la película él es un poco...

PEDRO: Autista, es autista.

QUIQUE: Bueno, pues eso.

PEDRO: ¿Qué ibas a decir?

QUIQUE: ¿Qué?

PEDRO: ¿Retrasado?, ¿gilipollas?, ¿capullo?...

Silencio.

QUIQUE: Quería decir que se llama igual. O casi. Rainman, y Raizman suenan muy parecidos y... Pero nada de persecuciones, de amenazas, de palizas. Yo no entré nunca en eso.

PEDRO: ¿Le pegaron palizas a ese chico?

QUIQUE: Sí, ... Pero por judío.

Silencio.

PEDRO: ¿Cómo dices?

QUIQUE: A ver, Raizman era judío, y muy flaco, muy débil. Así que imagine todo tipo de bromas jodidas y a él se las multiplicaban por cinco. La última fue muy seria. Le golpearon en su calle después de dejarle en pelotas.

PEDRO: ¿Tú lo viste? ¿estabas ahí?

QUIQUE: No, no lo vi porque no estaba ahí. Pero me lo contaron. Llegó a su casa sangrando. Sus padres no estaban.

PEDRO: ¿Y qué pasó?

Silencio.

PEDRO: ¿Qué pasó, Quique?

QUIQUE: Cogió diez pastillas *Valium* y se las tomó. No lo soportaba más. A mí me jodió. A mí y a los demás, por habernos reído en alguna ocasión de él. Pero no fuimos los que le pegaron palizas ni le pintaban los números en los brazos.

PEDRO: ¿Cómo dices?, ¿los números en el...?

QUIQUE: Sí, como a los judíos. El pobre, cada vez que volvía al día siguiente al colegio, si tenía los números borrados se llevaba una paliza. En una ocasión estuvo sin lavarse varios días para no borrarlos.

PEDRO: Joder.

QUIQUE: Se los pintaban en el gimnasio, después de la clase de gimnasia, en las duchas. Le puteaban haciéndole creer que estaba yendo a la cámara de gas y todas esas mierdas.

PEDRO: ¿Fueron los mismos los que en la calle le...?

QUIQUE: No, no fue nadie del colegio.

PEDRO: Pero tú sabrías quiénes eran, ¿a que sí?

QUIQUE: Sí, lo sabía.

PEDRO: ¿Murió?

QUIQUE: No.

PEDRO: Porque muchos chicos mueren por esas presiones, ¿lo sabes?

QUIQUE: Sí, lo sé.

PEDRO: Un chico de once años hace poco saltó desde el balcón de su casa. Dejó una carta: “No aguanto ir al colegio. Y no hay otra manera de no ir”.

Silencio.

QUIQUE: Raizman estuvo ingresado en el hospital. Luego cambió de colegio. Eso fue lo que nos contaron. Fue hace tres años.

PEDRO: Tres años... Quienes le daban esas palizas, quienes se metían con él, eran amigos tuyos, ¿verdad? Compañeros de tu clase.

QUIQUE: ¿Podría bajar el aire acondicionado, por favor?

PEDRO suelta otro intenso hilo de humo, y contempla la estela del mismo relajadamente. No hace caso a la petición de QUIQUE. De repente cae en algo. Se levanta. Se dirige resuelto a la pizarra. Revisa unas fórmulas. Mira el reloj. Mira a QUIQUE. Mira la entrada del despacho. Con el dedo parece hacer cálculos mentales. Borra una parte de una fórmula, la resuelve de otra manera.

PEDRO: treinta y siete minutos y cuarenta y dos segundos.

QUIQUE: ¿Treinta y siete minutos para qué?

PEDRO: Yo llevo las 12,37 ¿Tú? ¿Llevas hora?

QUIQUE: (*Mirando su reloj*) Y 39.

PEDRO: No, lo llevas adelantado un par de minutos. O un minuto y algo. Compruébalo. Tres años... Todo empieza a tener sentido. Todo empieza a relacionarse...

QUIQUE: ¿Cómo dice?

PEDRO: Veamos, tu padre fumaba mucho en el colegio. ¿Tú fumas?

QUIQUE: ¿Yo?

PEDRO: Sí, tú. ¿Fumas?

QUIQUE: No.

PEDRO: ¿Cómo? (*mirando una fórmula de la pizarra*) No puede ser. Lo del café puede ser, pero deberías de fumar. ¿Seguro?

QUIQUE: Seguro. No fumo.

PEDRO: ¿Ni a escondidas? Cigarrillos, quiero decir. ¿Ni una vez? ¿Ni siquiera un porro?, ¿con los que le daban palizas a Eduardo Raizman?

QUIQUE: Me gustaría dejar de hablar de ese tema.

PEDRO: Ya, te gustaría, ¿verdad?

PEDRO, ante la negativa de QUIQUE, borra una fórmula y la recalcula.

PEDRO: Veamos... Quique, Quique... No Enrique. Igual que tu padre. Entonces, quiero decir. Cuando él tenía tu edad. Madre mía, la de tiempo que hacía que no lo veía. Que no lo veía al natural, quiero decir, porque en prensa y en la televisión no dejo de verle, claro. Todos los días, por un motivo u otro ahí está, el gran Yecla. Con su sonrisa impecable, con su pelo perfectamente peinado, con sus trajes

espectaculares. Y está igual el cabrón. Es que está igual. Un poco más señor, eso sí, pero igual. Igual. ¿Qué tenemos aquí?

QUIQUE: La documentación para el ingreso en primer curso. Se la he dado antes.

PEDRO: ¿Ah, sí?

QUIQUE: Me dijo mi padre que se la trajese.

PEDRO: Tu padre...

QUIQUE: Creía que la había chequeado antes.

PEDRO: ¿Quién, tu padre?

QUIQUE: No, usted.

PEDRO: ¿Yo, cuándo?

QUIQUE: Antes me ha pedido usted que... déjelo.

PEDRO: ¿Qué te pasa, Quique? Te noto inquieto, ansioso, impaciente. Ya te he dicho que eso te puede llevar a la violencia, y la violencia no se lleva bien con la ciencia. Te lo digo yo.

PEDRO comprueba la documentación. QUIQUE contempla el despacho.

PEDRO: ¿Te puedo ser sincero, Quique?

QUIQUE: ¿Hay algún problema en mi documentación?

PEDRO: ¿Eh?... Ah, no, me refería a otra cosa. Verás, la universidad no es lo mismo que el colegio, no sé si me entiendes. *(Con un tono que vuelve a inquietar a QUIQUE)* La transmisión del conocimiento que se origina en las aulas de la universidad, entendida como pura transmisión unidireccional, que es lo que llamamos metodología del busto parlante, digamos que no va mucho conmigo. Y no va conmigo porque se realiza una disertación, con ese tipo de método, sobre

un tema por parte del profesorado delante de un alumnado que escucha de un modo pasivo y que sólo se dedica a tomar apuntes e interviene en muy contadas ocasiones cuando es interpelado por ello. Y yo quiero que mis alumnos me sorprendan, yo quiero ser alumno de mis alumnos. ¿Me entiendes?

QUIQUE: Creo que si bajara el aire acondicionado podría...

PEDRO: Porque que entiendas eso es más importante que la documentación que traigas hoy a mi despacho. Me gusta incidir en procesos del aprendizaje que permitan al alumnado a desarrollar estrategias analíticas, reflexivas, creativas, críticas... Lo que importa no es qué enseñamos sino qué aprende el alumnado. Por ello es importante, muy importante, trabajar de una manera coordinada, en estrecha colaboración, juntos en total comunión, profesor y alumno.

QUIQUE: Perfecto. A mí esa forma me parece bien.

PEDRO: ¿Sí?

QUIQUE: Sí.

PEDRO: Empecemos.

QUIQUE: ¿Ahora?

PEDRO: Me ha dicho tu padre que te gusta leer sobre ciencia.

QUIQUE: Sí.

PEDRO: Pues mal hecho. Para ser un buen científico lo que tienes que leer es mucha ficción. Pero dime, porque estamos ahora mismo en una fase clave en el proceso reflexivo-experiencial: ¿por qué un chico tan listo como tú ha dejado pasar la fecha para matricularse en la Universidad?

QUIQUE: No sé. Es verano. Acabas el colegio. Para siempre. Te reúnes todos los días con los amigos y sales por ahí...

PEDRO: ¿A buscar otro Raizman?

Silencio.

QUIQUE: ... Te apuntas a todas las fiestas. Lo vas dejando para otro día, pasan las semanas, los meses y...

PEDRO: No te creo.

QUIQUE: No me importa que no me crea.

PEDRO: Ah, ¿no? ¿No te importa? ¿Y eso cómo puede ser?... *(con ironía)* ¡Ah, sí, claro, que tu padre es el Presidente! ¡Que puede ir al despacho de cualquier profesor a pedir que matriculen a su hijo aunque la ley diga que ya no está en plazo!

QUIQUE: *(levantándose y alejándose de la mesa)* Usted no tiene ni idea.

PEDRO: ¡Ni se te ocurra sentarte en ese pupitre!

Silencio.

QUIQUE: Ni siquiera lo he tocado.

PEDRO: Quiero que te apartes lentamente de ese pupitre y que vuelvas a tu sitio.

QUIQUE: Pero que yo no iba a...

PEDRO: ¡Ahora! Es mi pupitre. ¿No me has oído, chaval?

QUIQUE: ¿Y si no lo hago?

PEDRO no sabe qué contestar. Poco a poco se hace más pequeño. Se sienta en su propio pupitre. QUIQUE queda de pie de un modo amenazador.

